

de las esculturas de un friso, en el cual trazó la marcha triunfal de Alejandro el Grande entrando á Babilonia, y este bajo relieve es proclamado como la obra maestra mas completa que haya producido el arte desde los tiempos gloriosos de la escultura griega.—Hasta el año de 1819 no volvió Torwaldsen á su pais natal, y su viage fué una marcha triunfal, pues por todas partes se le tributaban los mayores honores. La ceremonia de su recepcion en la academia de Copenhague fué muy tierna, allí era donde en su infancia habia sido recogido, y allí, donde entraba lleno de gloria é investido con el carácter de presidente. Pero apesar de esto, pronto dejó á su patria para volver á la antigua capital del mundo.—Las principales obras encomendadas á Torwaldsen, fueron *Jesucristo y los doce apóstoles*, destinados para la nueva iglesia de Ntra. Señora de Copenhague; *Copérnico y Poniatowski* para Varsovia, y estos pedidos fueron bien pronto seguidos de los de las estatuas de Potocki, del Papa Pio VII, del cardenal Gonzalvi, del rey Maximiliano de Baviera, del príncipe Eugenio de Leuchtemberg; y posteriormente de los monumentos de Schiller, de Gruttembeg y de Conradino, el último de los Hohenstaufen.—Se nota sobre todo en las obras de Thorwald-

sen una pureza de estilo y una graciosa disposicion, siempre de acuerdo con las exigencias mas severas, resultando de esta combinacion un todo, cuya impresion hace olvidar al espectador hasta al mismo artista para no pensar mas que en la grande obra que contempla. ¡Cuán hermosa es la estatua de lord Byron con su vestido de viage, sentado sobre las ruinas de Grecia! ¡Cuán ingenio brilla en sus miradas! Y en otros géneros el venerable Pío, sentado sobre el trono de S. Pedro, y la hermosa y franca figura de Copérnico con sus cabellos cortos y el traje ligero de sus compatriotas. Torwaldsen posee algunos bienes de fortuna de los cuales hace muy buen uso, ha hecho una donacion para el establecimiento de un museo nacional en Copenhague, y una fragata Danesa lo condujo por segunda vez en 1838, á su patria con todos sus tesoros artísticos, fruto de una larga mansion en la capital del mundo cristiano.

El castillo antiguo, residencia de los reyes reedificado despues del incendio que lo destruyó, ha sido puesto á disposicion del gran artista para la ordenacion del museo que debe llevar su nombre.

[Traducida y extractada por T.]

IMPRESIONES.

UNA TARDE EN UN CEMENTERIO.

I.

QUENTO declina el sol, y absorto el mundo
De su postrer sonrisa ve el misterio,
Mientras yo en el sombrío cementerio
Triste me entrego á meditar profundo.
Blandamente soplando el frio viento
Las ramas secas del arbusto agita,
Mi corazon con rapidez palpita,
Latir el pulso acelerado siento.
En medio estoy del magestoso templo
Principio del no ser, fin de la vida,
Y en lápidas marmoreas esculpida
De muerte y destruccion la ley contemplo.

Y el polvo piso aquí, la vil materia
En que la mano fria de la muerte
Del tiempo bajo el carro nos convierte
Revelando al que viene su miseria.
Las tumbas callan, y las tristes flores
Exhalan junto á mí su aroma suave,
Y escucho ya de la campana grave
Vibrar aquí los fúnebres clamores.
Oh! tumbas silenciosos que os alzais
En este sitio que cobija el miedo,
En vano yo me afano, yo no puedo
Penetrar los arcanos que guardais!

¿Porqué el silencio que os envuelve eterno
De pavor llena el corazon del hombre?
¿Porqué este tiembla al repasar un nombre
Que ayer sonaba en sus oidos tierno?
¿Porque el mancebo que al amor de hinojos
Veneró ayer en el festin brillante
Penetra aquí con pálido semblante
Trémulos lábios y estraviados ojos?
Porque advertis, que el mundanal contento
Rápido pasa, cual ligera nube.
Que en el estío de los lagos sube
Y que disipa el hálito del viento....
Mas qué cuadros me cercan?... yo creia
Que solo en mi dolor me lamentaba,
Y que sola gemia y suspiraba
Léjos de la ciudad el alma mia.

II.

Con las rodillas en tierra,
Y el alma pura en el cielo
Cubierta la faz de duelo
Y de luto el corazon
Un niño tierno se inclina
Cual flor al nacer la aurora,
Y ardientes lágrimas llora
Tristes frutos del dolor.
Junto á un humilde sepulcro
Sin lápidas, ni inscripciones
Murmura sus oraciones
Con ternura, con piedad;
Y el sauz que allí se eleva
No mueve sus secas hojas,
Que atento está á las congostas
De aquella alma angelical.
Niño, niño, ¿por qué lloras?
¿A quién busca tu cuidado
En este sitio ignorado
De los hombres? por que así
Tras de su velo de lágrimas
Tus ojos vuelves al cielo,
Buscando lo que en el suelo
Llama en vano tu gemir?
Tan niño, y ya las pasiones
Su garra en tu pecho hincaron,
Y en desgarrar se saciaron
Tu corazon infantil?
Y tus ensueños de niño
Volaron, cual los celajes,
Que en el cielo cortinages
Formaron de oro y carmin?
Por una madre suspiras
Y viertes llanto precioso!
¿En el mundo borrascoso
Huérfano quedaste tú!
¿Y aquí á la postrer morada

Que al mortal queda en el mundo
Viene tu dolor profundo
A buscar un ataud;
A buscar entre las tumbas
A tus pesares consuelo,
A preguntar á este suelo
Por tu madre, por tu amor;
A evocar su sombra cara,
A reclamar sus caricias,
Que las süaves delicias
De un niño en la tierra son!
Sí, llora, llora, ángel bello
Mientras al aura serena
Tiendes tu ala de azucena,
Cual mariposa de abril;
De la madre que perdiste
Sobre los despojos llora,
Y que la noche y la aurora
Te sorprendan siempre así.
Yo tambien perdí una madre,
Como tú, niño inocente,
Yo tambien doblé mi frente
Sobre el polvo funeral;
Y tambien mis oraciones
Subieron al cielo inmenso,
Como sube el blanco incienso
Que se ofrece en el altar....

III.

Mas otro objeto miro que mi atencion reclama
Contemplo ya de su alma la desesperacion;
Y escucho los acentos con que á la muerte llama,
La muerte que de pena llenó su corazon.
Es un fogoso jóven de rostro enardecido
Que lleno de esperanzas mirara el porvenir,
Un jóven que en el seno süave adormecido
De cándida doncella, vi un tiempo sonreir.
Que daba sus sentidos al goce pasajero
De sus caricias blandas, al beso de su amor,
Y plácido escuchaba su acento lisongero,
Mas dulce que los trinos de amante ruisenor.
Que al percibir su aliento de rosas y jazmines,
Sobre su abierto labio fragante y virginal
Durmió, cual duerme el nardo guardado en los jardines
Al recibir el beso del aura matinal.
Y allí soñó venturas, y allí su fantasia
En alas del deleite soñó felicidad;
Mas los ensueños de oro que en su delirio via
Los dispó en un punto la triste realidad.
De su embriaguez volviendo contempla á su adorada
Ya presa de la muerte, perdida la color,
Y palpa con sus manos aquella frente helada

Ya pálida y sin vida, sin brillo ni esplendor.
¿Qué se hizo la sonrisa que al mundo embelesaba?

Qué las miradas tiernas? sus gracias dónde están?
Y aquel acento suave que al corazón llegaba,
Cual llama abrasadora de férvido volcán?

Hoy huesos carcomidos por roedor gusano,
Tal vez inmundo polvo sus blancos miembros son;

Si tú la vieras, joven, si en tu dolor insano
Podrido contemplaras el tierno corazón,

Quizá retrocedieras, quizá cesara el llanto;
Quizá del mundo loco volvieras al festín,
Y en brazos de otra hermosa, cesando tu quebranto

De la fugace vida llegaras al confín.

Tú lloras... porque entonces al idolo elevabas
De hinojos el incienso fragante del placer,
Porque en su frente de ángel, el hielo aun no mirabas

Que el tiempo deposita los años al correr....

Mas ah! condeno injusto de tu alma el sentimiento,

Porque yo no comprendo tu llanto, tu dolor,
Porque jamas he amado, y mi alma el sufrimiento

Jamas ha destrozado de malogrado amor.

No ceses en tu llanto, tú sabes lo que sientes,
En quejas desahoga tu negro padecer,
Sobre esa losa caigan tus lágrimas ardientes,
Cual el rocío cae la tierra á humedecer.

IV.

Hiere mis ojos otra imágen
Que de un ciprés al pié se inclina,
Es un anciano que declina
Al triste ocaso del vivir.

Que su cabeza encanecida
Sobre una tumba apoya triste,
Y del pesar feroz resiste
El continuado y lento herir.

Viejo infeliz, cuando tu pecho
Necesitaba de consuelo,
Hoy que te cubre el frio hielo
De la tranquila senectud.

Te veo triste, en esas tumbas
Miro tus ojos siempre fijos,
Donde lamentas de tus hijos
La malograda juventud.

¿Quién es aquel que de la vida
Caminó siempre entre las flores,
Sin probar nunca los dolores
De la tenaz adversidad?

Sin arrastrar el anatema
Que Dios lanzó sobre él airado,
Cuando en los brazos del pecado

Sueños durmiera de maldad?

La flor del prado se marchita,
Su jugo pierden los arbustos,
Caen los árboles robustos
Del cierzo al impetu también.

¿Qué pues le queda al viejo tronco,
Cuya raíz está podrida,
Si ya su planta está raída,
Si negra y seca está su sien?

Tus hijos eran, ¡infelice!
Por qué á la vida tú los llamas?
¿No ves que en vano, oh! padre, llamas?
Que en vano viertes llanto aquí?

Que aquesta es la última morada
Do el hombre duerme eterno sueño.
Do al respirar letal beleño
Cesa el humano frenesí?

Ya tu bien puedes de la muerte
Sufrir el golpe que estremece,
Si tu existencia hora se mece
Solo al impulso del dolor.

El mundo, dime, ¿qué atractivos
Hoy á tus ojos les presenta,
Si tu alma ya no se apacienta
Con su quimérico esplendor?

Si del verano cual las flores
Tus tiernos hijos se agostaron,
Si las pasiones se apagaron
En tu cuitado corazón?

Llama esa diosa destructora
Que rompa ya con su guadaña
Tu pecho misero que baña
La amarga hiel de la aflicción.

Y en ese lecho mortuorio
Reposarán tus restos frios,
Sin que ni inviernos ya, ni estios
Osen turbar tu eterna paz.

Mientras que tu alma al cielo vuela
Libre de grillos mundanales,
Y con tus hijos inmortales
Miras de Dios la pura faz.

V.

Y aquella tumba solitaria y triste
Que de musgo cubierta se levanta,
Do ni plegaria santa
Sale de labio humano,

Ni cirio funeral trémulo agita
Su amarillenta luz; ni de un hermano,
Ni de una madre el corazón palpita,
¿De quién es, oh! señor, tan infelice

Que no hay dos tiernos ojos
Que humedezcan sus miseros despojos
Con una sola lágrima preciosa;
Ni un solo pecho amante que un suspiro

Lanze por él sobre la tosca losa

Triste apoyado del mortal retiro?

Ah! ya comprendo.... en su miseria veo
La pobre tumba, la mansion mezquina
De un hijo de tu mente creadora,
De un poeta que en alas conducido

De ardiente fantasía
Sentóse en tu carroza voladora,
Y en su vuelo atrevido
Cual tú produjo en plácida armonía

Mundos lucientes de zafiro y de oro,
Que al acento sonoro
De su laud, brotaban,
Y bajo el pié de su creador giraban

.....
Cantor, cantor gigante
Que soñando en la gloria
Quisiste levantar á tu memoria
En tus cantos un trono de diamante

He aquí la realidad, el patrimonio
Del Dios que á los mortales revelando
Arcanos escondidos
Nace gimiendo, y muere suspirando;

Y mientras á otros que en la vida rien
E imbéciles caminan al sepulcro,
Guarda el destino el rico mausoleo
Y los duelos sensibles,

Yo en tu reedor no veo,
Cisne perdido en los salobres mares
Sino miseria, y soledad horribles.

Ah! yo vendré á llorar, de blancas flores
A coronar tu tumba solitaria
Y á murmurar por ti blanda plegaria
Del astro vespertino á los fulgores....

Mas qué te importan mi oracion, mi llanto,
Mi efimera corona,
Si natura sensible se abandona
Por tí á mudo quebranto;

Si en la diáfana gota
Que de esa pared rota
Sobre tu losa filtra blandamente,
Una lágrima ardiente

Des que nace la aurora
Te consagra en su duelo hora por hora?

Si ese sol al hundirse en occidente
Con su rayo postrero te ilumina
Y lúcida areola da á tu frente;
Si del centzontli que en tu tumba trina
Comprendes el acento
Desde tu eterno y celestial asiento?....

VI.

Mas ya la noche desplegó sus alas
Al escuchar el postrimer gemido
Que el crepúsculo lanza dolorido
El monte al trasponer.

Y cesaron las lágrimas amargas,
Y cesaron las preces funerales,
Y en silencio quedaron los umbrales
Del reino del no ser.

Mi corazón también dentro del pecho
Palpita ya tranquilo y sosegado,
Como el de un niño, cuando duerme al lado
Del maternal amor;

Y alzo mis ojos y á la luna veo
Que por oriente su semblante asoma,
Entre el incienso que le da el aroma
De la nocturna flor.

Oh! virgen melancólica que pasas
Soñolienta en tu lecho de zafiro,
Presta á escuchar la lágrima el suspiro
Del infeliz mortal.

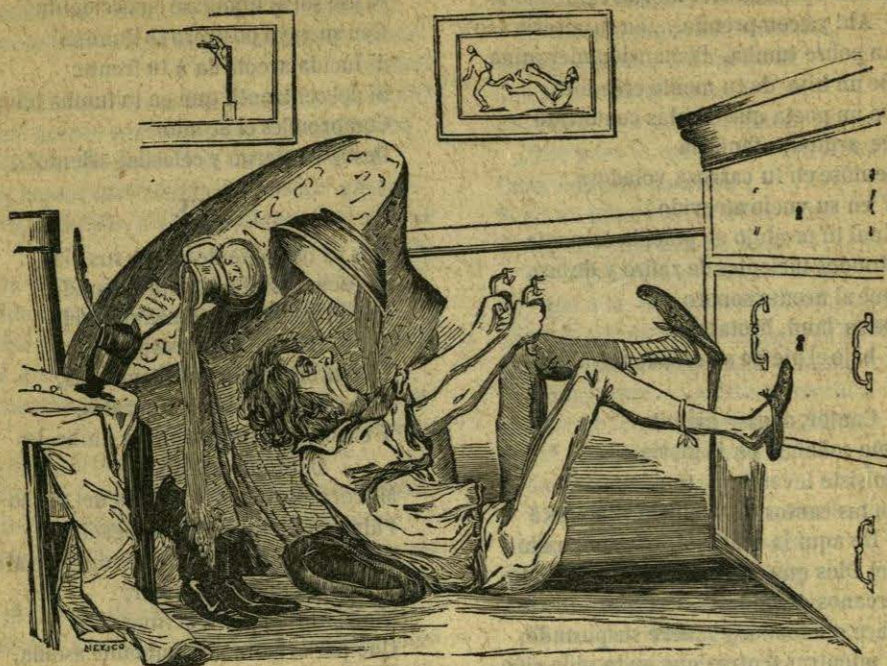
Escucha la oracion, que de mis padres
A la tumba dirijo, que hora yace
Entre la yerba que el ganado paca
En mi suelo natal;

Y llévala benigna en ese rayo
Testigo de mi pena concentrada,
Tú que giras tu lánguida mirada
Por todo lo que existe y lo que fué.

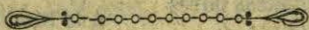
Y allí en su humilde é ignorada tumba
Astro consolador, allí la deja,
Ya que el destino sin cesar me aleja
De lo que tanto en mi horfandad amé.

RAMON I. ALCARAZ.



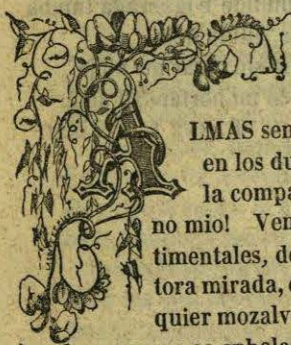


FATALIDAD.



Oid, cristianos, escuchad
la mas lamentable historia,
que durará en la memoria
de una edad y de otra edad.

Martinez de la Rosa.



LMAS sensibles que os gozais en los dulces transportes de la compasion, venid en torno mio! Venid, doncellitas sentimentales, de lánguida y seductora mirada, que inspirais á cualquier mozalvete una ardiente passion de esas que se exhalan en bien trovadas cantigas; venid y prestad atencion á la conseja de este humilde menestral! Venid, jóvenes *fashionable* de exagerada melena y barbas á la *jeune france*, venid á escuchar la historia de uno de vuestros compañeros! Almas sensibles, que os gozais en los dulces transportes de la compasion, venid en torno mio!

I.

In amore haec omnia insunt vitia: injuriae,
Suspiciones, inimicitiae, induciae,
Bellum, pax rursùm—

TERENT. *Eunush.* Act. 1. Sc. 1.

Es el amor un conjunto
de injurias y de sospechas,
de treguas y enemistades,
de la paz y de la guerra.....

[Traduccion mia. ¡Pobre Terencio!]

El reloj de la Iglesia Catedral de México señalaba las doce y media, cuando un joven y apuesto lechuguino atravesaba la plaza mayor y se dirigia con precipitados pasos hácia una

de las calles mas aristocráticas de la ciudad. Sus immaculados guantes de cabretilla, el niveo *jabot* que vegetaba florido en su camisa, su cabellera rizada con particular esmero, sus botas perfectamente charoladas, todo su porte en fin, descubria que el barbiponiente sectario de Enrique Pelham y de D. Agapito Cabriola, iba á pasar una media hora por lo ménos al lado de su adorada prenda.

No se estrañe el que diga yo que esto último se inferia de la elegancia de su trage, porque he observado constantemente (pues habeis de saber que tengo mis ribetes de observador) que todo jóven enamorado trata de manifestar el culto que tributa á la persona de la señora de su corazon, por medio de la profunda veneracion que profesa á la suya propia. Mi profecia en el presente caso tuvo su debido cumplimiento, puesto que dentro de algunos minutos el *dandy* iba subiendo una espaciosa escalera, y dentro de unos cuantos mas se hallaba reclinado en un muelle sofá que formaba parte de los adornos de un elegante salon.

No despegaba nuestro héroe sus ojos de una puerta lateral que contemplaba con tanta avidez, como el bienaventurado San Onofre la claraboya por donde es fama que un cuervo le conducia el pan cotidiano. Abrióse por fin la puerta para dar entrada al *genius loci*, á la divinidad que se adoraba en aquel templo, y apareció una niña de veinte abriles, ligera y vaporosa como una silfide,

bella como esperanza de consuelo,
triste como ilusion desvanecida,

y con unos ojos de esos que son capaces de trabucar el seso al mismísimo D. Juan Tenorio en su misma mesmedad.

—¡Guillermo!—¡Mi vida!
—Mucho has dilatado....
—Suceso impensado
de tí me alejó.

Mas para qué cansar á mis lectores con el *téte à téte* de los amantes? Baste decir que, como toda conversacion amorosa, estuvo en el tono que en la gama erótica ha recibido el nombre de *Si bemol*. La única circunstancia que debe consignarse aquí, porque se debe hacer mérito de ella en el curso de esta verídica historia, es la de que quedó Guillermo emplazado para las ocho de la noche, hora en que debia acompañar á Julia y á su mamá al gran teatro de Santa-Anna, adonde iban á ser testigos de la representacion de uno de esos tremebundos dramas, engendros monstruosos de la escuela llamada *romántica*, que comienza

por no ser *escuela* y acaba por no ser *romántica*. Volvamos al venturoso Guillermo.

Dificil seria pintar la impaciencia con que esperaba la hora que debia colocarle en el palco de su amada, á su lado, exitando la envidia de todos sus admiradores.... Vamos, forzoso es convenir en que tenia razon, y que esto de las ilusiones del amor es cosa muy bonita. ¡Pluguiera al cielo que hubiese una tienda en que las pusiesen de venta! ¡Qué buen parroquiano habia yo de ser!

Las siete. Se acerca el momento de dicha inefable; Guillermo se apresta á transportarse al Eden. Alguien llama á la puerta; Guillermo la abre y entra una paloma mensajera, una de esas caritativas Quintañonas, cuya mision sobre la tierra es traer y llevar las poéticas y tiernas efusiones de las almas juveniles y apasionadas.

—La niña Julia me ha encargado le entregue á vd. esta carta.

Veamos, dice el *dandy*, tomándola y rompiendo la nema con manos que hace temblar la emocion.

El billete era bastante lacónico; solamente contenia estas palabras:

„Eres un traidor. Jamas volverá á ser tuyo el corazon de—*Julia*.”

Una sensacion semejante á la que experimenta el desventurado que al pasar por debajo de un balcon recibe de manos de una recamarera la preciosa dádiva de una artesa de agua fria, se difundió por el cuerpo de nuestro héroe.

—Decidle á Julia que vuelo, que en un momento estaré en su casa, que ignoro el motivo de tan cruel mudanza.... Corred, corred por Dios! ¡Ah! mi cabeza se pierde en un mar de conjeturas..... ¡Cielo santo! ¡qué desdichado soy!

II.

¡Desgracia! ¡desgracia! ¡Ninguno vendrá á sostener mi cabeza?

SCHILLER, los bandoleros, Act. 2. Esc. 2.

Agitado Guillermo de los diversos afectos que habia exitado en su mente la lectura del billete, comenzó á hacer su *toilette* con mas prisa de la que generalmente acostumbraba. Sabido es el dicho aquel de que las desgracias siempre vienen acompañadas, y nuestro pobre amante resintió toda la verdad del adagio. Habia acabado ya sus abluciones, se habia instalado en una deslumbrante y bien aplanchada camisa, y se preparaba á ponerse las charoladísimas botas y los blanquísimos pantalones,

cuando ¡oh miseria humana! ¡oh fuerza incontrastable del sino! al abrir la cómoda para sacar una corbata, la puerta se resiste, él forcejea.... nuevo tirón, y la puerta sigue haciéndose de pencas. Guillermo suda, toma resuello, reúne todas sus fuerzas y vuelve á tirar; entónces (la pluma se resiste á escribirlo) le faltan los piés, resbala, cae y, como todo hombre grande, arrastra varias cosas en su caída. La mesa cae, y de consiguiente todo lo que sobre ella habia: cae el tintero y una cascada de negro licor se precipita sobre la tersa y alba superficie de los pantalones; cae la jarra, y el agua inunda la pechera del cuitado paladin; cae la alfajaina, y el agua que contenia llena hasta el borde las lucientes botas, en tanto que la vasija misma se instala *sans-façon* sobre la cabeza de nuestro héroe, guarneciéndola con un yelmo parecido al del afamado Mambrino..... Guillermo ruge, pateo, logra por fin ponerse en pié y contempla con la calma de la desesperacion aquel horroroso cataclismo. ¿Quién podrá pintar la amargura de su dolor? ¿quién podrá trasladar al papel sus sentidas quejas? A fé mia que lo ignoro, y puedo afirmar solemnemente que no seré yo quien tal intente,

porque esa empresa, buen rey,
para mí no está guardada.

—¿Y piensa vd. dar fin con eso al cuento?

ANTIGUOS Y MODERNOS.



SIEN se propusiere consultar la historia para saber lo que merece sobre la tierra el nombre de antiguo, haria ciertamente un tratado curioso, pero bien pronto se encontraría detenido su pensamiento por un obstáculo insuperable, pues que segun todas las apariencias, el origen del mundo y su antigüedad quedarán cubiertas con un velo que jamas se descorrerá. Tal vez el mundo no es tan viejo, acaso no ha pasado aun de su juventud; y su vida no es mas que en un débil principio si la consi-

—Sí señor.
—Pues á fé mia que no he visto cosa mas substancial. No tiene piés ni cabeza....
—Ese es su mérito principal. Esa es la prueba irrefragable de que va con el siglo.
—Pero díganos vd. por lo menos cuál fué el motivo del enojo de Julia.
—De muy buena gana.... Sepa vd. que Julia calculó sus intereses y abandonó el romántico amor del elegante Guillermo por atenerse á los patacones de un charrito inocente del interior.
—¡Pícarona! ¡preferir el dinero á las prendas personales de tan hermoso figurin! ¿y Guillermo?
—Oh! Guillermo se consoló con mucha facilidad. Mírele vd. allí vá *frais, joli, pimpant, cravaté á désesperer toute la Croatie*, como dice Balzac en una de sus novelas; creame vd., amigo mio, el alma de un petimetre es de verdadera goma elástica.
—¿Y dígame vd., toda la sociedad se compone de *Dandys fatuos*, y de coquetas interesadas!
—¡Cielo santo! ¡qué blasfemia! No señor, ni por pienso; eso es falso de toda falsedad. ¿Sabe vd. que es lo que hay en realidad acerca de esto? Que Dios nos envia lo malo para que lo bueno tenga un término de comparacion.

México mayo 9 de 1844.

AGUSTIN A FRANCO.

deramos con respecto á la duracion que debe tener; pero remontándose todo lo posible en lo pasado en busca de términos de comparacion con lo presente, habria que debatir una cuestion grave y admirable; la de la superioridad moral entre los hombres de otra época y los de la presente. Qué vastos conocimientos, qué saber tan profundo, qué carencia de pasiones, que independecia de espíritu, cuántas luces y que juicio tan recto exige semejante exámen. Y apesar de todas estas condiciones, aun le faltarian al juez de la raza humana los documentos necesarios; ¿pues como puede saberse lo

que era el hombre al salir de manos de la naturaleza, y lo que ganó en las primeras relaciones del estado social? La civilizacion cuando ha llegado á cierto punto, ha debido producir cambios inmensos; ¡pero cuántos eslabones le faltan á la cadena de las observaciones, desde el nacimiento del mundo hasta la época actual! ¡Cuántos pueblos é imperios han perecido, acerca de los cuales nada sabemos! y en cuanto á los que conocemos, ¿estamos seguros de la verdad de los hechos?

La tradicion nos enseña, acerca de los Egipcios, por ejemplo, las cosas mas contradictorias: por una parte nos presenta ejemplos de una gran sabiduria, reyes regidos por leyes inmutables, y juzgados despues de su muerte como en un país libre, en que no hubiese mas magestad que la del pueblo; y por otra, una teocracia dominante, sacerdotes soberanos, bellaquerias sagradas, en fin, un culto emblemático que ocultaba verdades útiles y generales, alusiones á las cosas mas hermosas de la creacion y á los beneficios mas nobles de la naturaleza; pero degradando á la divinidad por las imágenes mas viles, y no obstante se conviene en dar al Egipto el nombre de culto; mas ¿cómo podriamos dar la razon de este elogio unánime? Y sobre todo, ¿cómo podriamos establecer, bajo el punto de vista de la buena moral, un paralelo entre los adoradores de Osiris y de tal ó cual otro pueblo moderno? Se ha dicho y frecuentemente se repite en nuestro siglo, que el cristianismo ha mejorado singularmente la condicion humana; de esta observacion, que miro como cierta, resulta la consecuencia necesaria de una perfeccion moral; no obstante, hay mas de una cosa que considerar ántes de poder adoptar esta opinion sin conocimiento de causa, ¿cual era, por ejemplo, la situacion moral de los pueblos, á quienes las culpables conquistas de la España llevaron la desolacion, la guerra y la religion cristiana? Y los herederos de los nuevos creyentes son mejores, mas dulces, mas hospitalarios, ménos entregados á los vicios y ménos arrebatados por la violencia de las pasiones, que sus ascendientes? Los cristianos de México y del Perú, sometidos aun no ha mucho, á los representantes de un príncipe estrangero, eran mas felices y en consecuencia mas virtuosos que los idólatras gobernados por caciques nacidos entre sus súbditos? Dirijamos nuestras miradas sobre otro pueblo. La China poseyó en Confucio y en otros filósofos como este, hombres de doctrina mas sencilla, costumbres mas puras y acaso mas útiles á la humanidad, que to-

dos los sabios de la Grecia, que como Solon y Pitágoras, aplicaron la moral al arte de gobernar, y que como Fenelon, quisieron formar préviamente el corazon de los reyes. Segun la tradicion, en ningun país se contarían tantos príncipes virtuosos como en la patria de Tien-Long. Hace algunos siglos que los chinos se abstienen de la gran locura, ó mas bien execrable furor, que llamamos guerra; para ellos la gloria no consistió en matar á los hombres, sino en multiplicar su número y darles alimento. Debemos investigar con curiosidad los efectos producidos por el concurso de tan felices circunstancias. ¿Qué sería el pueblo chino, regido por Sócrates coronados, por leyes cuya sabiduria se ensalza y por costumbres inmutables, que en nada altera el contagioso comercio de los demas pueblos? Hé aqui, ciertamente materia para una profunda meditacion, y este punto de comparacion merece tanta mayor reflexion, cuanto que la religion cristiana no ha podido echar profundas raices en este país. Nacerian de aquí las consideraciones mas grandes y curiosas, pero aun nos encontraríamos detenidos por falta de elementos necesarios para la conviccion. La Europa no conoce á la China sino como á cualquiera otro pueblo que ya no exista, como á Cartago, por ejemplo, cuyos anales destruyó Roma celosa: pero dejemos á un lado esta cuestion, que exige tantos conocimientos que no poseemos, y limitémonos al proceso de los antiguos y los modernos, que despues de haber hecho tanto ruido en el siglo XVII, cayó repentinamente como la encarnizada guerra de las abejas, en el libro 4.º de las *Geórgicas* (*pulveris exigui jactu.*)

Nuestros conocimientos en punto á datos positivos, sobre la historia sabia y literaria de los diversos pueblos, nos obligan á circunscribirnos entre los griegos y los romanos, únicos que podemos poner al frente de los pueblos modernos; pero ante todo, es preciso dividir la cuestion de superioridad en dos partes bien diferentes, y poner de una las ciencias y de otra las artes y las letras. Se puede y aun se debe creer que el mundo ha conocido muchas cosas, que las lagunas de su historia nos han impedido colocar en el rango de los conocimientos adquiridos; muchas veces no hacemos mas que volver á encontrar invenciones cuyo recuerdo ha perecido en medio de los trastornos terrestres; pero limitándonos á los dos pueblos que han servido de modelos á todas las naciones europeas, nos será imposible no conocer la superioridad de